



## Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”



# IX – Jaque al rey de Roma

## 4 – Una llegada movidita

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)  
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos  
Fecha de Publicación: 2022  
Número de páginas: 8  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
**Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)**



### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## IX.4 ~ Una llegada movidita

*“... El-Zâher Baïbars continúa en este episodio su viaje, camino de Macedonia, no sin pasar mil y una fatigas: ríos turbulentos, jardines misteriosos, un ciprés sagrado, el anciano Abd El-Massîh, patriarca del Convento de la Vaguada, y el rey Macedonios, atormentado por un sueño, cuyo significado sólo su geomante Abd el-Salîb consigue adivinar, y que, por cierto, no augura nada bueno para el babb. Entre tanto, el maldito monje Yauân y Bartacûsh “El sable de Bizancio” vuelven a encontrarse y parten juntos hacia el Convento de los Remedios para llevarse al sultán El-Zâher Baïbars a Macedonia y allí ejecutarle; pero... las intervenciones de Saad “Zancadas de Viento” socorriendo al sultán, y el poder místico, cada vez mayor en El-Zâher, hacen que las cosas no salgan tal y como las habían previsto los malvados conspiradores Yauân, su fámulo Bartacûsh y el babb Macedonios; este último, cada vez más furioso e inquieto por su suerte...”*



**E**l sultán prosiguió su viaje, y cuando solo le quedaban tres horas de marcha para llegar a la capital, tuvo que detenerse ante un ancho río, cuya corriente, en turbillón por la crecida, alcanzaba una velocidad terrorífica: las aguas bajaban con tal violencia que habrían podido arrancar un clavo enterrado en un madero. El-Zâher, a pesar de todo, se sentía con fuerzas como para atravesar el río a nado, pero temía que le pasara algo a su hermoso alazán. Entonces, pensó en su extraño protector:

- ¡A mí, hijo de Dibl! –le llamó, y fue gritar estas palabras, y aparecer Saad.
- ¡Aquí me tienes, a tu servicio, oh, poderoso rey! –proclamó Saad– Ordena y serás obedecido.
- ¡Vaya! ¿Es que me sigues paso a paso? –se extrañó el rey– ¡Si apenas te he llamado y ya estabas aquí!
- ¡Bah! No sé de qué te extrañas: ¡no olvides que tengo una promesa que cumplir! Yo te he dado mi palabra, y mi antepasado no ha querido deshonorarme... Bueno, y ahora, dime ¿qué puedo hacer por ti?

– Querría que te llevaras mi caballo a Damasco y que se lo dejaras allí a mi sobrino Edagmûsh, recomendándole que lo cuide y guarde bien.

– Eso está hecho.

Saad retiró la brida, puso un ronzal al cuello del animal, y fustigándole en la grupa con su honda, le gritó:

– ¡Aaarreee, borriiicaaa! ¡Vamos a ver quién corre más, si tú o yo!

El alazán salió disparado, más rápido que un relámpago, seguido de cerca por Saad: poco después, ambos habían desaparecido por el horizonte, como si se los hubiera tragado la llanura. Cuando El-Zâher se quedó solo, se quitó la ropa, la guardó en un saco de tela encerada y se lanzó a la corriente, llevando su equipaje tras él; al llegar a la otra orilla, se vistió de nuevo con su uniforme de patricio y se dirigió hacia las puertas de la ciudad, tomando una estrecha senda rodeada a izquierda y derecha por vergeles y huertos. De pronto, mientras iba caminando por allí, escuchó ruido de caballos: era un grupo de jinetes que venía al galope. Entre el tumulto de las voces y el retumbar de los cascos, oyó a alguien que gritaba:

– ¡Seguro que el rey de los musulmanes anda por este sendero! ¡Rápido, atrapadle antes de que se nos escape!

Al pillarle desprevenido este nuevo incidente, el rey se quedó sorprendido e invocó a Dios:

– Me refugio en Dios de las asechanzas de Satanás –dijo suspirando– ¡Hay que reconocer que en esta expedición me está pasando de todo, no me libro ni de mi sombra!

### *El narrador continuó así...*

La causa de esta nueva desgracia había sido que Bartacûsh, después de dejar al sultán en el Convento de los Remedios, se había dado prisa en regresar a Macedonia para anunciar el éxito de su misión a Yauán y al rey Macedonios. Ahora bien, lejos de alegrarse, el maldito fraile se mordió los dedos con tal violencia que, a punto estuvo de arrancárselos:

– ¡Has fallado otra vez, pedazo de imbécil! Tenías que haberle traído directamente hasta aquí –le fulminó.

– Sí, claro; pero suponte que hubiera habido un hombre siguiéndole a distancia, ¿qué le habría impedido atraparlos o tendernos una emboscada? Eso, sin hablar de lo largo del viaje...

– ¡Menudo gallina! Venga, mueve el culo, vamos a ir los dos a buscarle: ya veremos si nos pasa algo por el camino.

Macedonios insistió en proporcionarles una escolta, pero Yauán la rechazó categóricamente, y juró que solo partiría acompañado de Bartacûsh.

Mas hete aquí que, unos días después de su partida, mientras el rey Macedonios dormía plácidamente en su lecho, tuvo un sueño que le aterrorizó: en su pesadilla vio que un enorme león llegado de tierra extranjera, atravesaba el río a nado, penetraba en la capital, y se dirigía hacia su palacio; entraba en sus estancias y se llevaba a su hija, la princesa Marina, así como a la joven cautiva que tenía de sirvienta. Macedonios, espada en mano, intentaba cortarle el paso, pero el león, lanzando un espantoso rugido, se arrojó sobre él, con todas las garras de sus patas bien ostensibles, y a punto de sacarle las tripas. Entonces, el rey se despertó muerto de miedo, y gritando. A la mañana siguiente, convocó a sacerdotes y a monjes, les contó su sueño y les pidió que le dijeran lo que significaba. Poco convencido por las respuestas que obtuvo, llamó a su geomántico, un tal Abd El-Salíb, y le ordenó que se pusiera manos a la obra. El adivino echó sobre su pañuelo un puñado de arena, trazó sobre él toda suerte de misteriosos signos, y después de haber examinado durante mucho tiempo los trazos y los puntos que formaban los granos de arena, expuso por fin su oráculo:

– Mi *babb*, antes de nada, júrame que, te diga lo que te diga, no me harás daño.

– Tienes mi palabra.

– Has de saber que ese león de tu sueño no es otro que el rey de los musulmanes: él ha venido para llevarse a tu hija. De hecho, ya ha atravesado el vado, y es muy probable que consiga lo que se ha propuesto; al menos eso es lo que claramente me dice la arena, pero, solo Nuestro Señor Jesucristo sabe cómo terminará esta historia.

– Pero bueno ¡Y eso cómo se come! –se enfadó Macedonios– ¿Cómo va a estar el rey ya en mi ciudad, si Bartacûsh nos ha dicho que lo tiene encerrado en el Convento de los Remedios, y se acaba de marchar con Yauân para traerlo aquí?

El geomante lanzó un segundo puñado de arena y comenzó con las mismas operaciones.

– Bartacûsh no ha mentido –pronunció por fin–. Solo que, después de dejar el Convento de los Remedios, llegó un bandido de las montañas y lo liberó. En este momento, el *rey* se está acercando a la puerta de la ciudad: si te das un poco de prisa, llegarás justo a tiempo de recibirlo.

– Abd El-Salíb, si me has dicho la verdad, te cubriré de oro; pero si me has mentido, ¡cuidado con tu cabeza!

Macedonios reunió a sus caballeros a toda prisa, montó en su caballo, ordenó al adivino que lo siguiera, y salió de la ciudad a galope tendido. Cuando llegaron al lugar en donde el camino estaba rodeado de vergeles, Abd el-Salíb se acercó al rey:

– Mi *babb*, la arena indica que el rey de los musulmanes está aquí –le previno el geomante.

Pero el sultán, que estaba a dos pasos, al oír esas palabras se alarmó; pues se hallaba solo y sin ayuda alguna contra toda una tropa. Sin perder ni un minuto, se subió a lo alto

de uno de los muros que cerraban los jardines y, de un salto cayó en el jardín, en donde logró esconderse entre los árboles, invocando el nombre del Dios protector. Mientras se disimulaba entre la vegetación, con el oído alerta, Macedonios ordenó a sus caballeros que fueran más despacio; buscando por todo el camino, sin encontrar ni un alma. Furioso, el rey apostrofó a Abd El-Salíb.

– A ver, pedazo de charlatán, ¿dónde está tu *rey*?

– Un poco de paciencia, mi *babb*: jamás me ha mentido a mí la arena.

Arrojó otra vez un puñado de arena en el pañuelo, lo examinó un momento y prosiguió:

– Ya sé lo que ha pasado: el rey de los musulmanes nos ha oído, y ha saltado por encima de ese muro. En este momento se halla en el jardín.

En el acto, Macedonios mandó a una parte de sus hombres que echaran abajo una parte del muro, para pasar al otro lado y rastrear todo el lugar, mientras los demás cercaban el exterior. Los soldados se pusieron manos a la obra, y en un momento practicaron una abertura, dispersándose por todo el jardín, sable en mano.

En cuanto a El-Zâher, nada más escuchar esas órdenes de Macedonios, se ocultó entre los árboles, buscando un sitio en donde esconderse. Entonces divisó un gigantesco ciprés cuyas largas ramas formaban una especie de tienda, o la cúpula de una mezquita. De cada rama habían atado trozos de tela y cintas de colores; además, brillaba allí un buen centenar de lámparas encendidas. El Árbol de Cristo lo llamaba la gente de la región, y ésta era la razón:

Había, cerca de la ciudad, un convento, El Convento de la Vaguada, y su patriarca, un viejo llamado Abd El-Massîh, era muy respetado por ser el hombre más sabio de toda Macedonia. Pero, una noche que había salido a pasear por el campo para calmar su insomnio, llegó hasta ese jardín y vio unas luces que tililaban con un resplandor sobrenatural. Al acercarse, descubrió al caballo de Cristo nuestro Señor, atado a un gran ciprés, rodeado de los Apóstoles Voladores<sup>1</sup>, de los que recibió su bendición –que Dios les acoja. La buena nueva se extendió por la ciudad, avivando el fervor de la población, que instituyó una fiesta anual para conmemorar ese acontecimiento; la fiesta del Árbol de Cristo: para esa ocasión, la gente, vestida con sus mejores galas, iban en procesión hasta el ciprés, al que aspergían con agua de rosas y lo perfumaban con ámbar e incienso, para así recibir sus bendiciones. Incluso llegaban a prosternarse ante el árbol, para formularle sus ruegos. Esta ceremonia venía ya de mucho tiempo atrás, y, todos los domingos, se encendían las lámparas, de modo que todo el árbol parecía una enorme antorcha. Ese ciprés era objeto de tal veneración, que se le invocaba hasta en los juramentos más solemnes, en cuyo caso, nadie se hubiera atrevido a perjurar.

<sup>1</sup> *Sic*. No hemos podido descubrir a quiénes corresponden estos personajes, que se mencionan en varias ocasiones en el texto.

Así que, el sultán trepó por el árbol sagrado, hasta lo más alto de la copa, y se ocultó entre sus ramas; escapando de ese modo de los hombres de Macedonios, que, tras peinar todo el jardín minuciosamente, volvieron con el rabo entre las patas ante su Señor. Éste, en un ataque de furia contra Abd el-Salíb, se dispuso a darle muerte.

– ¡Calma, mi *babb*! –se defendió el geomante– No te dejes llevar por la precipitación: voy a aclarar este asunto de una vez.

Lanzó la arena por tercera vez, y, terminado su examen, dijo:

– ¡El rey de los musulmanes se ha ocultado en el Árbol de Cristo!

Macedonios y sus hombres se dirigieron hacia el ciprés y llamaron al sultán, que, por supuesto, se guardó muy mucho de responder.

– ¡Os digo que está escondido ahí arriba! –insistió el geomante– ¿Algún voluntario para trepar en su busca?

– ¡Anda ya! –se mofaron los soldados encongiéndose de hombros– ¡Como si alguien pudiera subirse al Árbol de Cristo sin que la tierra se hundiera bajo sus pies, y el mar se tragara el mundo!

– ¡Al contrario! Si el rey de los musulmanes ha podido esconderse ahí dentro, es señal de que Cristo ha retirado su protección a este árbol y no quiere oír hablar más de él. ¡Venga, cortadle, y que esa responsabilidad caiga sobre mi cabeza!

El rey mandó a buscar a unos leñadores, mientras El-Zâher, persuadido de que su final estaba próximo y que solo le quedaba la ayuda de Dios, Le dirigió desde el fondo de su corazón una sentida plegaria. Pronto llegaron los leñadores y comenzaron a cortar el árbol.

– Mi pequeño Zâher –se dijo el sultán para su colete–, creo que éste es el momento de bajarse del árbol: más vale morir con las armas en la mano que reventar aquí arriba.

Ya estaba el sultán a punto de bajarse de allí, cuando oyó un gran tumulto.

– ¿Qué pasa? –preguntó Macedonios.

– Es Abd El-Massîh, el patriarca del Convento de la Vaguada, que acaba de llegar, acompañado de Estéfanos, su diácono –le respondieron los soldados.

El sultán echó una ojeada a través de las ramas, y vio a un vejete de barba blanca que trotaba, más que corría, encorvado sobre su bastón; lo seguía de cerca un joven diácono cuya belleza atraía todas las miradas: ¡gloria al que lo había creado así de hermoso! Cuando el anciano llegó al pie del árbol, dando voces, se arrojó contra los leñadores propinándoles una buena andanada de golpes con el cayado episcopal.

– ¿Qué hacéis vosotros aquí, pandilla de diablejos? –les vociferó.

– Piedad, *abbone* –gimieron los pobres desgraciados– ¡No es culpa nuestra! ¡A nosotros tampoco nos gusta toda esta historia; pero es que el *babb* nos lo ha ordenado!

– Y a ti ¿quién te ha dado permiso para cortar ese árbol? –replicó el patriarca volviéndose hacia Macedonios.

– Abbone, como se suele decir: “necesidad, obliga”: el rey de los musulmanes, el enemigo de todos nosotros, se ha ocultado ahí dentro. Ha venido solo para asesinarme.

– ¿Cómo te atreves a contarme eso a mí, pedazo de imbécil? ¡Si ni siquiera hace tres días que me andabas diciendo que el rey estaba preso en el Convento de los Remedios, y que Yauán había partido para traerlo!

– Es cierto –afirmó Macedonios–, pero parece ser que después se ha evadido.

– Y eso tú, ¿cómo lo sabes?

– Porque me lo ha dicho Abd El-Salîb.

– ¡Ah, claro! Y a ti, pedazo de perro, ¿quién te ha dicho que el rey se ha escapado? – prosiguió el patriarca, dirigiéndose al adivino.

– La arena.

– ¡Mientes, maldito bastardo! ¡Como si el *rey* hubiera podido trepar por este árbol bendito! Apenas le hubiera puesto una mano encima, el árbol sagrado habría manifestado sus secretos poderes, y le habría consumido con sus destellos.

– Yo no sé nada de eso, *abbone* –se obstinó Abd El-Salîb–. Lo único que yo sé es que el *rey* está en este árbol. Si tú no me crees, voy a consultar otra vez a la arena, y lo podrás ver tú mismo...

– Y tú; ¡tú marfûs! ¿Cómo te atreves a tratarme de mentiroso? –estalló el patriarca, con los ojos rojos de furia.

Y antes de que el pobre adivino tuviera tiempo de lanzar de nuevo la arena, el patriarca le asestó tal golpe con la cruz de su bastón, detrás de la oreja; que el geomante lanzando un grito, se desplomó todo lo largo que era, muerto de repente.

– *Babb* –continuó el patriarca–, ¡si hubieras tenido la mala suerte de seguir el consejo de este canalla, habrías provocado el fin del mundo! Ahora, regresa a la ciudad a buscar allí al *rey*; porque, aunque yo pudiera admitir incluso que se hubiera escapado y llegado hasta aquí, ¡te juro que si se hubiera escondido en este árbol, yo dejaría que me despojaran de mi cargo y abjuraría de la fe cristiana!

– Concédeme tu perdón, *abbone* –suplicó Macedonios, besándole la mano–. Tú tienes toda la razón.

Así que Macedonios reunió a sus hombres y regresó a la ciudad con la intención de proseguir allí con su búsqueda; mientras tanto, el patriarca se alejaba del lugar.



Próximo relato de “Jaque al rey de Roma”:  
IX.5 ~ “Un encuentro con viejos conocidos”